

## IX

En 1892, hace, pues, poco más de cien años y ya muy cerca del fin del siglo, Brentano pronunció en Viena, ante la Sociedad Filosófica, una conferencia titulada “Sobre el porvenir de la filosofía”. Si la evoco, no es ciertamente para aventurarme, a mi vez, a hacer un pronóstico sobre lo que podría ser la filosofía del próximo siglo, o incluso sólo de los próximos decenios. He experimentado siempre, por todo lo que se asemeje a las profecías filosóficas, un sentimiento próximo a la repugnancia; por esta razón no me arriesgaré a esta clase de ejercicio. Estoy persuadido, desde luego, de que desde el comienzo del siglo XXI, la filosofía entrará, como todo lo demás, a una nueva era. Y si nos han convenido los argumentos de Johnston, para quien el posmodernismo habría sido esencialmente una preparación para la conciencia del nuevo milenio, podemos decidir llamar provisionalmente “post-postmodernismo” a esta nueva fase, mientras encontramos una denominación más sugestiva. Pero la respuesta más honesta que podría dar, si se me preguntara cómo imagino a la filosofía del porvenir, sería sin duda, aunque quizás no por las mismas razones, análoga a la de Bergson, cuando se le preguntó cómo se representaba el porvenir de la literatura<sup>1</sup>: “no la imagino, ni siento la necesidad de hacerlo; las tareas y obligaciones del momento me bastan ampliamente”. No creo, en todo caso, al

---

<sup>1</sup> Henri Bergson, *Le possible et le réel*, en *Oeuvres*, textos anotados por André Robinet, introducción de Henri Gouhier, Paris, PUF, 1959, p. 1340.

igual que Bergson, que la filosofía posea una llave del armario de posibles, incluidos los suyos.

Me contentaré con indicar tres razones por las cuales considero que la conferencia de Brentano tiene hoy un interés particular. La primera es que constituye una respuesta al discurso inaugural del rector de la Universidad de Viena, quien había sostenido que la filosofía estaba ya fuera de servicio y debía considerarse, en lo sucesivo, que la política y la ciencia o la cultura políticas la habían sustituido. Es imposible que lo anterior no evoque algunos recuerdos en quienes conocieron la filosofía de los años sesenta y que, aun en un período tan breve como el del que nos ocupamos, tuvieron la oportunidad de oír repetir tantas veces el conocido estribillo, según el cual la filosofía está siempre a punto de ser reemplazada en la cultura contemporánea por alguno de los diversos candidatos que se proponen regularmente para la sucesión. A este respecto se ha citado, consecutiva o simultáneamente, la ciencia (trátese de ciencias exactas o de ciencias humanas, en todo caso de aquellas que la época tendía a privilegiar), la política, la poesía o la literatura en general, la cual es actualmente, para Rorty, el concepto unificador bajo el que caen todas nuestras actividades y nuestras producciones intelectuales. Resulta evidente que la filosofía puede, en un momento dado, debido a diversas razones históricas, sociológicas y culturales, ser suplantada por disciplinas rivales, pero eso no es ciertamente lo mismo que ser, propiamente hablando, *reemplazada* por ellas. Brentano hace notar al conferencista cuyas tesis discute, que él mismo habló en su propio discurso esencialmente de psicología, ética, lógica, metafísica, en otras palabras, simplemente de filosofía.

Quisiera observar a continuación que, entre el momento en que Brentano escribe estas líneas y el de la sustentación de su tesis de habilitación ante un jurado de filósofos que seguían a Schelling (en 1866, en Würzburg) se da casi la misma distancia histórica que existe entre hoy y el momento en que entré realmente en la carrera y al mismo tiempo, si se puede decir, en la arena filosófica. Brentano se ve en la obligación de responder a quienes se lamentan por la pérdida de prestigio y la trágica decadencia que aquejan a la filosofía desde la gran época del idealismo alemán, y se refieren con nostalgia a la época en que el Estado

mismo recurría a la filosofía y el mundo se prosternaba ante la autoridad de filósofos como Schelling y Hegel. En un intento por atemperar un poco el entusiasmo que suscita en el espíritu de muchos de sus oyentes esta época gloriosa, Brentano cuenta que, en 1866, la cátedra de filosofía de Würzburg estaba ocupada por un filósofo baaderiano, cuyo salón permanecía desierto y en cuya puerta un estudiante había escrito descaradamente, en gruesas letras: "Scwefelfabrik" (traducción aproximada: "fábrica de verborrea"). Debo reconocer que, de haber sido yo esa clase de estudiante, ciertamente habría estado tentado a escribir un equivalente francés de esta expresión sobre la puerta de un buen número de salones en los que se celebraban, a mediados de los años sesenta, algunas de las ceremonias filosóficas más famosas y más concurridas de la gran época estructuralista. *Mutatis mutandis*, también nosotros debemos hoy tratar de responder a quienes repiten que la filosofía, respecto a lo que fue en aquella época excepcionalmente brillante e inventiva, se encuentra actualmente en una situación caracterizada por el marchitamiento, la insipidez o la regresión. Es cierto que incluso los diarios son capaces de sugerir, en su momento, que esta evolución no es tan negativa como parece y que quizás signifique, simplemente, que las cosas se han acomodado de nuevo a lo que deberían ser en una comunidad de investigadores que procede de manera algo más sobria, prudente, metódica, progresiva y, en todo caso, menos alborotadora con relación a lo que se hacía en aquella época. Ello no les impide, sin embargo, seguir siendo esencialmente fieles a su práctica habitual y lógica, la de considerar que la filosofía deja de existir cuando no hay grandes eventos filosóficos, pero que, si no los hay, es siempre posible, por fortuna, fabricarlos, e indispensable hacerlos.

Parte de la respuesta de Brentano consistía en hacer notar que, al contrario de lo que se dice a menudo, el interés por la filosofía y la demanda de filosofía probablemente nunca han sido tan fuertes, y el verdadero problema reside más bien en que los filósofos profesionales, al parecer, no están en condiciones de satisfacerla, lo cual explica que científicos como Dubois-Reymond, Helmholtz, Tait, Darwin, Häckel, Hering o Mach, o juristas como Ihering, se hayan visto obligados a suplirlos en su tarea y lo hayan hecho a

menudo ventajosamente. Brentano califica de “héroes títubeantes” (*taumelnde Heroen*) a los representantes más famosos de la época precedente y no vacila en afirmar que todo lo que se puede encontrar en los libros de Schelling no pesa más de lo que fisiólogos como Helmholtz y Hering han aportado en algunas páginas al progreso de la filosofía. La razón de ello estriba, dice, en que ellos demuestran, mientras que al frente no se encuentra más que arbitrariedad y completa inteligibilidad<sup>2</sup>.

No estoy seguro de que Brentano hubiera debido ir tan lejos. Pero comparto por completo su idea de que la filosofía no perdería probablemente nada de su prestigio e influencia si consintiera en proceder de manera menos heroica y más sobria. De ahí que no vea razones para considerar el estado presente de la filosofía como sinónimo de decadencia o de renuncia, que ciertamente se asemeja más a aquel presuntamente deplorado por el público al que se dirige Brentano, que a aquel al que se refieren como a un ideal insuperable. Como ya lo he dicho, personalmente no tengo ninguna inquietud particular sobre el porvenir de la filosofía; y, para evocar el tema de otra conferencia pronunciada por Brentano en Viena, en 1874, “Sobre las razones del desaliento en el ámbito filosófico”, no veo motivo alguno para el desaliento en la situación actual, aun cuando, por el contrario veo muchos que me hacen temer que la filosofía no esté a la altura de las obligaciones que le impone nuestra época.

La tercera razón por la que cité a Brentano es, ciertamente, aquella que plantea el problema más temible. Brentano había defendido, en su tesis de 1866, la idea de que el verdadero método de la filosofía no es otro que el de las ciencias de la naturaleza: “*Vera philosophiæ methodus nulla alia nisi scientiæ naturalis est*”<sup>3</sup>. Añade incluso, en 1892, que “la reina debe siempre ser alguien de su pueblo y la reina de las ciencias necesariamente una ciencia”<sup>4</sup>. La filosofía debe ser ciencia y, más aún, una ciencia que no es en absoluto *a priori* sino inductiva y experimental. Es, dice,

<sup>2</sup> Franz Brentano, *Über der Zukunft der Philosophie* 8 1929, Mit Anmerkungen herausgegeben von Oskar Kraus, neu eingeleitet von Paul Weingartner, Hamburg, Verlag von Felix Meiner, 1968, p. 13.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 136.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 4.

“aquella de las ciencias inductivas (y en sentido amplio, filosóficas) que tratan del ente en cuanto cae bajo conceptos dados por la experiencia interna, bien sea sólo por ella o por la experiencia interna y la externa al mismo tiempo”<sup>5</sup>. Para él no hay distinción entre las ciencias que podríamos llamar “especulativas” y las ciencias “exactas” (“*Philosophia neget oportet, scientias in speculativas et exactas dividi posse; quod si non recte negaretur, esse eam ipsam jus non esset*”), ni discontinuidad real entre las ciencias empíricas y la filosofía. Tampoco hay, desde luego, diferencia de naturaleza entre los métodos de las *Naturwissenschaften* y los de las *Geisteswissenschaften*, a propósito de las cuales Brentano dice claramente que su salvación consiste en proceder según la analogía de las ciencias naturales. Personalmente, no comparto ninguno de estos dos puntos, pues no creo que la filosofía sea una ciencia, y menos una ciencia inductiva, como tampoco que las ciencias del hombre puedan encontrar su salvación donde él la propone. Pero, de una forma que filósofos como Rorty calificarían ciertamente de retrógrada o arcaica, seguiré creyendo, sin embargo, en cierta ejemplaridad del proceder científico para la práctica de la filosofía. Su salvación, en todo caso, puesto que es de la suya de lo que aquí se trata, no consiste, como se cree con excesiva frecuencia, en comenzar por liberarse, en nombre de la libertad de la imaginación creadora, de todas las reglas y condiciones a las que los lógicos y científicos se consideran sometidos. No creo necesario insistir, como lo hizo Peirce, sobre el hecho de que recomendar a los filósofos que practiquen la filosofía con un espíritu científico, en vez de literario, y adopten el mismo tipo de actitud de los científicos y, más precisamente, el de los practicantes de las ciencias experimentales en la búsqueda de la verdad, no implica ninguna simpatía por el cientismo y tampoco sugiere que la ciencia esté en condiciones de resolver los problemas de la filosofía, y finalmente lo hará.

---

<sup>5</sup> Franz Brentano, *Geschichte der Philosophie der Neuzeit*, Aus dem Nachlaß herausgegeben un eingeleitet von Kalus Hedwig, Hamburgo, Felix Meiner, 1987, p. 77.

